

ZORRILLA Y MORAL, JOSÉ (1817-1893)

*VIVIR LOCO Y MORIR MÁS*

PERSONAJES:

PABLO ROMÁN

ALBERTO

JULIÁN

ANA

LUISA

PEREIRA, portugués

ACTO PRIMERO

EL PONCHE

Habitación de Pablo Román, de aspecto casi miserable; una mesa, sillas, papeles, dibujos y, en un caballete, un retrato sin concluir.-Unos floretes colgados en la pared.

*ESCENA I*

ALBERTO sentado, y ROMÁN en pie, por la escena.

ROMÁN

(Señalando en la mesa una moneda de oro.)

Es el último doblón.

ALBERTO

Suerte, por cierto, cruel.

ROMÁN

Brindemos juntos con él  
a nuestra separación.

Mañana, lo mismo que hoy,  
traerá sus horas el día;  
nos queda nuestra alegría  
en el alma, Alberto.

ALBERTO

Estoy  
de ello penando en extremo.  
¿No hay más remedio, Román?

ROMÁN  
Los días vienen y van,  
y que no ha de llegar temo  
el mío.

ALBERTO  
La suerte acaso  
te guarda mejor fortuna.

ROMÁN  
Es tardía, es importuna,  
y en impaciencia me abraso.  
¡Tantas horas de esperar,  
tantos días de dolor,  
aguardando otro mejor  
que jamás ha de llegar!  
¡Y soñando gloria y nombre  
sentado al dintel de un cielo,  
arrastrarse por el suelo  
bajo la planta del hombre!  
No más, Alberto, por Dios,  
hoy es nuestra despedida:  
tal vez otra en esta vida  
nos hallaremos los dos.

ALBERTO  
Román, ¿y así se abandona  
tanto afán, tanta esperanza?  
¿Sin amargura se alcanza  
esa soñada corona?  
Trabaja, sufro y espera,  
que en el sufrir y esperar  
está acaso el encontrar  
esa fama venidera.

ROMÁN  
Decidido, Alberto, estoy;  
de nosotros olvidados,  
ó famosos ó ignorados,  
bebamos alegres hoy.  
Nuestro es el día presente,  
de los necios el mañana,

la vida es corta y liviana  
para todos igualmente.  
Soñé desde que nací  
esos fantasmas de gloria,  
y hoy no encuentro en mi memoria  
un recuerdo para mí.  
Todo en la tierra es vacío;  
la amargura y el placer,  
y mañana, y hoy y ayer,  
presa son del tiempo impío.  
Riamos, pues, y cantemos,  
el alma de llanto ajena,  
que tal vez la será en pena  
el tiempo que no gocemos.  
(Un momento de pausa.)  
Mira, mil veces pensé  
que sólo al cuerpo convida  
con ocio y placer la vida;  
pero al alma, ¿para qué?  
Este cuerpo es un encierro,  
del otro mundo antesala;  
vida el cielo le señala,  
muere, y acaba el destierro.  
Si el cuerpo no ha de vivir,  
acertado, a fe, es dejar  
al ánima descansar,  
y al cuerpo inútil morir.

ALBERTO

¿Y tu entusiasmo, Román?  
¿Tu ambicioso pensamiento?

ROMÁN

Borrándose con el viento,  
las cosas del mundo van.  
Ambición tuve de ser  
grande, y dejar en la historia  
famosa y alta memoria,  
pero esto, Alberto, era ayer.  
Hoy hallé mi corazón  
menos osado, más frío.  
Juzgué ese afán desvarío,  
y lugar di a la razón.

ALBERTO

A tu razón extraviada,

y a tu ambición no cumplida.

ROMÁN

Y, francamente, esta vida  
no creo merezca nada  
El mundo es jaula de locos,  
los más locos gozan más;  
mas son pocos.

ALBERTO

Y ¿no harás  
por ser, Román, de los pocos?  
El mundo será ilusión,  
locura será cual dices,  
mas si hay tristes y hay felices.  
algunos mejores son.  
Si el poder y la riqueza,  
el orgullo y la hermosura,  
son por cierto una locura,  
en la locura hay grandeza.  
Ese sublime entusiasmo  
que ayer existía en ti,  
hoy, ¿no te merece, di,  
nada?

ROMÁN

A lo más un sarcasmo;  
porque hoy veo más que ayer,  
y esos fantasmas de oro,  
esos sueños que hoy adoro,  
mañana he de aborrecer.  
En fin, yo quiero reír,  
cantar, beber y esperar  
el día en que ha de acabar  
nuestra misión de sufrir.  
Ese es mi último doblón,  
y hoy es nuestra despedida,  
si ha de ser en esta vida  
de eterna separación.....

ALBERTO

¡Ah! ¿Estás loco?

ROMÁN

Loco estoy.

ALBERTO

¿eterna ha de ser? ¿Por qué?

ROMÁN

No hablemos más: no lo sé;

pero un día grande es hoy.

(Sale por la puerta del fondo.)

## *ESCENA II*

ALBERTO

¡Maldita ambición de ser  
más de lo que puede un hombre!

¡Maldita ambición de un nombre  
con que no hemos de poder!

Sí, ¡maldita esa locura,

bastarda pasión impura,

de querer ganar la altura

sin pisar un escalón!

Apagóse su osadía,

y hoy es un último día.....

¡Ay! ¡Para volar tenía

alas en el corazón!

Y, por cierto, él es poeta,

grande el alma como el mundo;

mas por no ser el segundo,

a la nada se sujeta.

## *ESCENA III*

ALBERTO y ROMÁN

ROMÁN

Pues, señor, ponche tenemos.

Con él la memoria ahoguemos;

cuando borrachos estemos,

en nada hemos de pensar.

¿A qué ese abatimiento?

yo quiero verte contento;

si, al fin, placer y tormento

con el tiempo han de acabar.

(Llaman a la puerta.)

¡Hola! ¡Otro interlocutor!  
Sin duda ha errado el camino.  
(Alto.)  
A la puerta del vecino,  
si sois un acreedor.

JULIÁN.  
(Dentro.)  
Abre, soy yo.

ROMÁN  
(Abriendo.)  
¡Tarambana,  
aguardaras a mañana!  
Con esa voz de campana,  
¿por qué no gritas: «¡Abrid!»?  
Van a traer la ponchera.

JULIÁN  
Más a tiempo no viniera  
a descomunal quimera  
contra los moros, el Cid.

#### *ESCENA IV*

ROMÁN, ALBERTO y JULIÁN

JULIÁN  
Y ¿á qué santo es la función?

ROMÁN  
A mi mudanza de vida.

JULIÁN  
Con esa resolución,  
la difunta Inquisición  
se diera por bien servida.  
Una conversión tamaña,  
eco hallará en toda España.  
(Riéndose.)  
¡Pues debajo del sayal,  
no será mala cucaña  
este infolio de moral!

ROMÁN

Pero, hombre, ven, óyeme.....

JULIÁN

¿Qué más tienes que añadir?

ROMÁN

Mira, de hoy más no seré.....

JULIÁN

¿Pues no lo acabo de oír?

No digas más. ¿Para qué?

ROMÁN

¡Loco! Ya no hay poesía  
ni bellas artes en mí.

ALBERTO

¡Locura es la tal porfía!

ROMÁN

Este es el último día  
que estamos juntos así.

JULIÁN

¿Esa es pulla?

ROMÁN

No, por cierto.

JULIÁN

¿Conque me hablas en verdad,

ROMÁN

Sí.

JULIÁN

(Con énfasis.)

Ya; si la sociedad  
hoy ya no es más que un desierto,  
el mundo es la soledad.

¿Conque versos, y pinceles,  
y esperanzas ¡pif! volaron?

ROMÁN

Cabal.

JULIÁN

¡Ah! Son oropeles.  
¡Sin renombre y sin laureles,  
cuántos hombres se olvidaron!  
Decir que lo pienses bien,  
es inútil advertencia;  
tú lo quieres, tú lo ten.  
¿Hay ponche? Pues, en conciencia,  
no hay más que decir amén.

ROMÁN

Pues al ponche. Ya está aquí.  
(Un mozo entra la ponchera.)

JULIÁN

¡Oh, qué campo de batalla  
veo delante de mí!  
El ponche es el cielo, sí;  
vida en el ponche se halla.  
A esa transparente llama,  
que por las orlas del vaso  
color y calor derrama,  
¿qué corazón no se inflama?  
Yo en inspiración me abraso.  
Ese azul vago, flotante,  
remedo del firmamento,  
hace que el poeta cante,  
hace atrevido al amante  
y ahoga el remordimiento.  
El hace del tiempo impío  
horas de calma y placer,  
al corazón presta brío,  
y va un hombre a un desafío  
bien seguro de volver.  
¡Amigos! Al agua penas,  
paraíso es la embriaguez;  
gocemos horas serenas,  
que éstas tenemos apenas  
por la postrimera vez.

ROMÁN

Inagotable, fecunda,  
soltaste la taravilla.  
¡Fraseología tremebunda!



JULIÁN

Bebamos, y ancha Castilla.  
que el universo se hunda.  
(Un momento de pausa.)  
Aquí noto tu talento,  
el mundo vas a dejar  
con nobleza y ardimiento.

ROMÁN

¿A qué tristeza mostrar  
cuando lo dejo contento?

JULIÁN

¡Famoso! Es cosa hechicera  
dejar la literatura,  
las artes....., ser un cualquiera,  
y entrar en la vida oscura  
por puertas de borrachera.

ROMÁN

Bebamos. Al ponche, Alberto,  
no tengas duelo por mí:  
para todos está abierto  
ese porvenir incierto,  
que no vemos desde aquí.  
Vendrá tardía ó temprana  
nuestra buena ó mala hora,  
y en esta vida liviana,  
si feliz me encuentro ahora,  
¿por qué pensar en mañana?

ALBERTO

(Levantándose de repente y disponiéndose a beber.)  
Tienes razón: tú lo quieres,  
y tú quien lo ha de arrostrar  
solamente, Román, eres,  
y es inútil derramar  
lágrimas en tus placeres.  
Bebamos.

ROMÁN

Hablaste al fin  
algo, menos mentecato.

JULIÁN

Hoy es nuestro San Martín.

No queda vaso ni plato  
útil en nuestro confín.  
(Se sientan, fuman y beben.)  
¿Conque desde hoy nueva vida?  
¡Determinación extrema!  
Cuanto más desconocida,  
más la novedad convida.

ALBERTO

Cada loco con su tema.

JULIÁN

Del disgusto y del placer  
gozamos si es repentino;  
mejor lo nuevo ha de ser;  
por eso, si es del vecino,  
me enamora la mujer.  
Pues, señor, yo te aconsejo  
que no te vuelvas atrás,  
siempre fastidia lo viejo.

ROMÁN

Te pagaré tu consejo  
dándote ponche de más.  
(Desde aquí, debe conocerse el efecto de la embriaguez.)  
Según estás de callado,  
(A Alberto.)  
te sientes, una de dos,  
ó enfermo ó enamorado.

JULIÁN

Ayer estuvo en el Prado  
con su mujer, ¡vive Dios!  
¡Qué miserable es, Alberto,  
el mundo que vemos!

ROMÁN

¡Oh!  
¿Conque lo hemos descubierto?

ALBERTO

Que-era una mujer, es cierto;  
pero mujer mía, no.

JULIÁN

Nunca lo creyera en ti,

tú no eres hoy el de ayer.  
(Mirándole a la cara.)

ALBERTO  
Pues te engañaste.

JULIÁN  
Ó mentí.  
Pero hoy como un maniquí  
te trae cualquiera mujer.

ROMÁN  
(Levantándose con énfasis.)  
¡Conque te vas a casar!  
Tú vas a prevaricar.  
Lo dije, tus disparates  
contigo vendrán a dar  
en una casa de orates.  
¡Tú te casas!

ALBERTO  
Yo me caso.

ROMÁN y JULIÁN  
(A carcajadas.)  
¡Se casa!

JULIÁN  
(Con el vaso en la mano.)  
¡Salve, oh sesudo  
marido! Levanta el vaso,  
con un brindis nada escaso,  
yo, marido te saludo.  
¡Salud! Piadosos los cielos,  
larga sucesión te den;  
continuas fiestas de celos,  
matrimoniales consuelos  
que se asomen a tu sien.

ROMÁN  
Y escribas matrimonial,  
misantrópica y difusa,  
sobre el amor conyugal,  
una obra espiritual  
a los niños de la Inclusa.  
(Alberto bebe sin interrupción.)

JULIÁN

Sí, lo mejor que has de hacer  
es emborracharte.

ROMÁN

¡Bravo!  
¡Lo entiendes! Con no atender,  
lo que quieras ha de ser.

JULIÁN

El estoicismo alabo,  
pero, en conciencia, casarte  
es tremenda necesidad.

ALBERTO

¿Por qué?

JULIÁN

Tú has de enamorarte.

ALBERTO

¿Y si lo estoy?

JULIÁN

Es verdad,  
yo no voy a confesarte.

ROMÁN

¡Lo que es el mundo, Julián!  
Es un abismo profundo.

JULIÁN

Hoy es gran día, Román;  
unos entran en el mundo,  
y otros del mundo se van.

ALBERTO

(Se levanta dando señales de embriaguez.)

¡Fanáticos! El amor  
no es el fantasma de un sueño,  
del viento azotada flor.....

(Risa general.)

ROMÁN

Poeta predicador,  
¿Adónde vas con tu empeño?

JULIÁN

Déjale, siga el sermón:  
sigue, inspirado profeta,  
tu noble predicación;  
la fuente de inspiración  
es el ponche del poeta.

ALBERTO

A vosotros, prohibido  
ese sublime placer  
por el Señor os ha sido;  
vosotros no habéis bebido  
el amor de una mujer  
en unos ojos de fuego,  
en unos labios rosados,  
cuando os miran extasiados,  
cuando al amoroso ruego  
os besan avergonzados.  
Vosotros, hombres de tierra,  
poetas sin corazón,  
cantáis del amor la guerra,  
sin saber el bien que encierra,  
en su inquietud la pasión.

JULIÁN

¡Bravo! ¡Bien! Más no dijera  
un sacerdote de amor;  
sublime es la borrachera.

ROMÁN

Otro ataque a la ponchera,  
amante predicador.

ALBERTO

Yo quiero amando vivir  
esclavo en dos ojos bellos,  
sin leer más porvenir,  
hasta que llegue el morir  
y expire de amor en ellos.

JULIÁN

(Con una estrepitosa carcajada.)  
¡Borracho completamente!

Más borracho que los dos.

ROMÁN

¡Oh ponche, tú solamente  
haces que un hombre se ostente  
digno remedo de un Dios!

JULIÁN

Yo la he visto, Alberto; es  
una niña angelical.  
¡Oh! Cuando con ella estés,  
vístela blanco cendal  
de la cabeza a los pies.

ALBERTO

Si, por cierto, y lo merece;  
es un ángel indeciso,  
que en la tierra de improviso  
por vez primera aparece,  
bajando del Paraíso.  
Delicada como aroma  
de retoñado jardín,  
rosada aurora que asoma.....

JULIÁN

Una hurí para Mahoma,  
para Cristo un querubín.

ALBERTO

¡Silencio! No hay más placer,  
más realidad, que el amor;  
no hay en la tierra otro ser  
con el nombre de señor,  
más digno que la mujer.

ROMÁN

Sí, una chicuela coqueta,  
insípida y elegante,  
a tal locura sujeta,  
que la echará de poeta,  
y no habrá Dios que la aguante;  
Ó una habladora sin tino  
de paseos y de modas,  
que a la mitad del camino  
te mienta un amor divino,  
y te engañe como todas.

JULIÁN

¡Cuidado, que le ha cogido  
de medio a medio la mona!

ROMÁN

¡Y estaba tan comedido!

JULIÁN

La cabeza del marido  
pronostica su corona.  
¡Oh siglo matrimonial,  
siglo de paz y de amores,  
centuria patriarcal,  
en que los hombres mejores  
lo suelen hacer más mal!  
Siglo que pasas cantando,  
cantas gimiendo y llorando,  
lloras haciendo piruetas,  
en tus horas arrastrando  
un enjambre de poetas:  
Hoy se despide de ti  
con solemne borrachera  
un poeta que te diera  
más versos, que gozo a mí  
el alma de una ponchera.  
Y no pienses que te deja  
para un hábito endosar,  
que es pereza que le aqueja,  
es porque quiere dejar  
morirse al alma de vieja.

ROMÁN

Por cierto, todo es locura  
en este mundo vacío;  
sin trabajo y sin ventura,  
pasaré una vida obscura.....  
(Julián se ríe.)  
¿Te ríes? Pues yo me río.  
(A Alberto.)  
Enamorado sublime,  
tú te duermes, ¡vive Dios!

JULIÁN

Otra ponchera le anime.

ROMÁN

¿No es cierto que tú estás, dime,  
más borracho que los dos?

JULIÁN

Los fantasmas en tu mente  
bullen de tus amoríos:  
alza ¡oh poeta demente!  
la matrimónica frente,  
pese a estos tiempos impíos.

ALBERTO

Basta ya, no me aturdáis;  
por más que ambos me digáis,  
yo me he de casar al fin.

JULIÁN

¡Felices los que encontráis  
una mujer serafín!

ROMÁN

Para mí todas iguales,  
fuentes de placeres son,  
que nos prestan liberales  
un paraíso de males  
y un infierno de pasión.  
Que sea bonita ó fea,  
que sea noble ó villana,  
las amo de buena gana.  
¿Qué importa lo que ella sea  
si la he de dejar mañana?

JULIÁN

Yo tengo por las más bellas,  
las de amores de querellas,  
atrevidas españolas.....

ROMÁN

¿Cachetinas de manolas?  
¡Pues si me alampo por ellas!  
(Volviéndose a Alberto, que está pensativo.)  
No, señor, no hay que dormir  
a pretexto del licor;  
al oído hemos de ir  
a predicarte el amor  
hasta que le hayas de oír.



Ese amor como un torrente  
que roe el alma y la mente,  
nunca, Alberto, lo encontré:  
ese amor, convéncete,  
es el amor de un demente.

ALBERTO

¡Pluguiera a Dios que algún día  
sintierais esa pasión  
con su insufrible agonía,  
bullendo en el alma impía,  
desgarrando el corazón!

JULIÁN

Lo que bulle, Alberto, en  
es el ponche.

ROMÁN

¡Vive Dios!  
¡Amores!  
(Una ruidosa carcajada.)  
Entran en mí,  
por lo menos dos a dos;  
nunca en un amor creí.  
Las bellas son inconstantes,  
ingratas y veleidosas;  
las sabidas y elegantes  
son vanas y extravagantes,  
y las feas envidiosas.  
Cuando el ron brilla en los ojos  
y hace dos de una ponchera,  
la más fea es hechicera;  
ninguna nos causa enojos  
y es la pasión verdadera.  
Bebamos, pues; no hay amor.

JULIÁN

Es un fantasma soñado,  
quimérico, engañador.

ROMÁN

La mujer entre el vapor  
quiero del ponche abrasado.

JULIÁN

Bien dicho; no hay más amores

que el fuego de los licores,  
(A Alberto.)  
entusiasta visionario.  
(Alberto, vacilándole las rodillas, dice con el más marcado desprecio:)  
¡Nunca brotaron las flores  
en asqueroso calvario!  
(Se arroja sobre una silla completamente borracho.)  
(Julián y Román ríen a carcajadas.)

JULIÁN  
¡Pesado el ponche le fue!  
Borracho está, ¡por mi vida!

ROMÁN  
Es que en la mente dormida,  
la imagen de su querida  
no le deja estar en pie.  
(Llaman misteriosamente a la puerta. Román mira por la cerradura.)  
¡Chis! ¡Silencio! Una mujer.....  
Ocultaos, me interesa....:  
una niña portuguesa  
a quien dejó antes de ayer.

JULIÁN Y ALBERTO  
Ábrela.

ROMÁN  
(Empujándolos.)  
Ocultaos.

JULIÁN  
Pues;  
y contigo abandonada.....

ROMÁN  
No repliquéis; es casada,  
su marido es portugués.  
(Se ocultan en la alcoba de la derecha.)

## *ESCENA V*

ANA y ROMÁN

ANA

(Ana, entrando.)

Bien me hicistes aguardar.

¿Qué significa esta ausencia?

Faltóme ya la paciencia,

y al fin te vengo a buscar.

Una enfermedad creí

que te agobiara, mas veo

que lo pasas a deseo

sin acordarte de mí.

Y ¿ese ponche.... ¿Estaban, pues,

otros amigos? Veamos.....

Proseguid.

ROMÁN

No, lo dejamos

para concluir después.

ANA

¿Cuándo?

ROMÁN

Cuando vos salgáis.

ANA

Pues ¿tanto acaso os impido?

ROMÁN

Sí, porque yo me despido,

y mi marcha retardáis.

ANA

¿Te despides?

ROMÁN

Sí, por cierto.

Y ¿adónde vas?

ROMÁN

No lo sé.

ANA

Y ¿hasta ahora.....

ROMÁN

¿Para qué?

Aun era mi viaje incierto.

Yo no os lo pude advertir....;  
ello es obra del destino.

ANA  
No te comprendo.

ROMÁN  
¿Hablo en chino?  
Mañana voy a partir.

ANA  
Pues ¿cómo? ¿Dónde? ¿Por qué?

ROMÁN  
Porque me cansa Madrid;  
voy a Valencia del Cid,  
y el cómo, aun yo no lo sé.

ANA  
¡Ingrato! Y con tanto amor.....

ROMÁN  
Nunca, señora, os he amado.

ANA  
¡Infame! ¿No lo has jurado?

ROMÁN  
Soy de oficio jurador.

ANA  
¡Ingrato! ¿Tanta pasión  
no ha podido hacerte amar?  
¿Ni un recuerdo ha de guardar  
de mi amor tu corazón?  
Yo te amé porque me amabas,  
me lo juraste y mentías;  
si entonces no me querías,  
¿por qué, traidor, me engañabas?  
¿Tal juramento olvidaste  
para abandonarme así?  
No, mi honra no te di;  
Tú, Román, me la quitaste.  
Vuélmela, que no es tuya,  
ó dame otra vez tu amor.

ROMÁN

Y ¿quedaremos mejor  
cada uno con la suya?

ANA

(Con rabia.)

Oye: un hombre que detesto,  
para casarme buscaron;  
a él a la fuerza me ataron,  
pero no bastó con esto.  
Ya estaba casada yo  
cuando en Córdoba te vi;  
todo lo dejó por ti,  
que por tu fortuna no.  
Tú mentiste tu pasión  
con palabras tan de fuego,  
que en ellas se abrasó luego  
el amante corazón.  
Y cuando el perjurio Sí  
me recordó mi marido,  
le dije: «Mío no ha sido,  
que otros le dieron por mí.  
Entonces era el amor  
la pasión que me cegaba,  
pero ahora es.....

ROMÁN

(Sonriendo.)

Bien, acaba.

ANA

La venganza de mi honor.  
De aquí no me he de mover  
sin honor ó sin venganza;  
veremos adónde alcanza  
la venganza en la mujer.

ROMÁN

Y si débil tu virtud.....

ANA

Virtud no necesité.....,  
que a un hombre a quien nunca amé,  
vendieron mi juventud.  
¿No tenía yo derecho  
acaso a sentir jamás

lo que sienten los demás,  
cuando brotó aquí en mi pecho?  
Dios puso en el corazón  
de amor la violenta llama;  
díjole al crearle: «Ama»,  
y encerró en él la pasión.  
Yo nunca tuve más de una,  
y a ti te la dio mi estrella;  
no quiero tener más que ella,  
y después de ella ninguna.  
Y pues mía mi honra es,  
consévala ¡por tu vida!  
porque tal vez te la pida  
con más ventaja después.

### ROMÁN

Con harta paciencia oí  
tantos insultos, señora;  
y, ¡por mi vida! que ahora  
no sé qué queréis de mí.  
Yo ya no soy el Román  
que fuí, señora, hasta ayer;  
me canso de querer ser  
lo que otros por mí serán.  
Que, ó porque malo soy yo  
para el mundo, ó porque él  
sea conmigo cruel,  
no quiero más mundo, no.  
Hoy le dejo, y con él todo,  
hasta que, al fin, carcomida,  
caiga en su nada la vida.....  
(Mostrando los vasos)  
Y emprendo el viaje beodo.  
En fin: ya no soy poeta,  
ni músico, ni pintor,  
y por el mayor amor  
no diera ya una pirueta.  
Ni soy el mismo de ayer,  
ni como ayer siento ya;  
conque vuelvo, claro está,  
al marido la mujer.

### ANA

(Señalando a los vasos.)  
Si ese remedio sabías  
para apagar el amor,

¿por qué en el alma el dolor  
tanto tiempo mantenías?  
¡Imbécil! Tú me jurabas  
que iba a matarte tu pena,  
y, de la ficción ajena,  
te creí porque llorabas.  
Es una disculpa vana  
ahogar el amor, ¡quimera!  
Y agotas una ponchera  
dejando el mundo mañana.  
Loco, ¿es esa la suerte impía  
con que te agobia el destino?  
¿Es ese el fuego divino  
de la noble poesía?  
¿Es esa, di, la expresión  
de tu mortal amargura,  
de esa eterna desventura  
que roe tu corazón?  
¡Y mientras lloraba yo,  
tú estabas en una orgía!

ROMÁN

Del mundo salir debía.

ANA

Y el mundo te rechazó.  
Vosotros sois el veneno  
de una vieja sociedad,  
parodias de adversidad,  
carcoma del bien ajeno,  
cieno de un alma viciada,  
que vais mendigando un nombre  
con que a los ojos del hombre  
vestir de oro vuestra nada.

ROMÁN

¡Tremenda cosa es nacer  
en un mundo indiferente,  
que ha de tachar de demente  
lo que no ha de comprender!

ANA

El mundo os comprende, sí,  
esa soñada amargura,  
y deja vuestra locura  
por haber tantas así.

Pero, Román, yo deliro.  
¿Me escuchastes? ¡Oh! ¡Perdón!  
(De rodillas.)  
Tú estás en mi corazón  
y en el aire que respiro.  
Yo sin ti no he de vivir,  
a la ley he de apelar;  
porque las leyes, amar  
no pueden, no, prohibir.  
Tú serás libre conmigo,  
y si no quieres mi amor,  
déjame al menos mi honor,  
que yo le tendré contigo.  
¡Desdichada!

ROMÁN  
¡Ambos, a fe,  
somos a cual más aquí!  
(Llaman a la puerta.)

ANA  
Román, Román, hele ahí.  
¡Por Dios vivo, ayúdame!  
(Llaman otra vez)

ROMÁN  
A la otra puerta, que es tarde.

PEREIRA  
(Dentro.)  
¡Abrid!

ROMÁN  
Perdone por Dios,  
hermano.

PEREIRA  
¡Abrid!

ROMÁN  
Y van dos.  
Idos en paz, Dios os guarde.

ANA  
¡Mi marido! ¡Oh, compasión!  
Me mata de una estocada.



(Román la toma de la mano y la esconde en una alacena que habrá a la izquierda)

ROMÁN

Aquí. ¡Si es de alma porfiada,  
bajará por el balcón!

(La oculta.)

¡Maldita sea mi estrella!

Hoy lo pierdo todo yo,  
y hoy tal vez, porque me amó,  
vida y honor pierde ella.

(A Alberto y Julián.)

Salid; ya está el portugués  
a la puerta.

JULIÁN

¡Bravo apuro!

¿Está el pájaro seguro?

ROMÁN

Ya lo veremos después.

(Vuelven a sentarse y beben.)

PEREIRA

(Dando golpes a la puerta)

Abrid, ó ¡por Dios bendito,  
que voy a arrancar la puerta!

(Román descorre con mucho tiento el cerrojo.)

ROMÁN

¡Estúpido! Si está abierta,  
¿por qué nos dais tanto grito?

ESCENA VI

ANA oculta; ROMÁN, JULIÁN y ALBERTO, sentados al velador; PEREIRA,  
embozado.

PEREIRA

¿Paréceles bien, señores,  
hacer a un hombre aguardar  
del honor mío?

Ignoráis que andan dolores

que pudiera bien tomar  
con este frío?

ROMÁN

¡Delicado viene un hombre!  
Podéis decir vuestro nombre,  
y si os place,  
os suplico que os sentéis.

JULIÁN

Y que noticias nos deis  
del tiempo que hace.

PEREIRA

¿Tenéis en saberlo prisa?  
Tal vez pese ¡voto a Dios:  
mucho mi nombre.

ROMÁN

Casi el oíros da risa;  
por mucho que os pese a vos,  
parecéis hombre  
que arrastrarlo bien podéis.

PEREIRA

Que lo arrastro ya lo veis.

JULIÁN

¡Viven los cielos!  
Vos padecéis algún mal!

PEREIRA

Cierto, y terrible y mortal.

ALBERTO

Con estos hielos  
no tiene nada de extraño.

JULIÁN

Pues en ese caso, amigo,  
cuidaos mucho.  
Mirad que os puede hacer daño.....

PEREIRA

¿El tiempo que estáis conmigo  
y el que os escucho?

JULIÁN

Sí, por cierto; mas bebed.

PEREIRA

Mil gracias, no tengo sed;  
os lo agradezco.

ROMÁN

Decid al fin qué queréis,  
si este favor que me haréis  
de vos merezco.

PEREIRA

(Acercándose a Román.)

¡Tengo celos!

(Risa general.)

ROMÁN

¡Por mi vida  
que habéis errado la casa!

JULIÁN

El otro cuarto  
será el de vuestra querida.

PEREIRA

Tengo la paciencia escasa

JULIÁN

¡Me tenéis hartos!

ROMÁN

Parece su señoría  
natural de Andalucía,  
en lo atrevido.

JULIÁN

Ó márchese en el momento,  
ó diga, en este aposento  
qué se ha perdido.

PEREIRA

¿No lo habéis adivinado?  
Una mujer busco aquí  
que entró hace poco.

JULIÁN

(Riéndose.)

Ya, desde que habéis llegado,  
de verás me convencí  
que estabais loco.

PEREIRA

(Con resolución.)

Aquí ha entrado una mujer.

ROMÁN

(Con frialdad.)

Todo el cuarto podéis ver.

JULIÁN

Vuelvo a decir

que estáis loco de remate.

ALBERTO

Dejad ese disparate;

ya os podéis ir

a la calle.

JULIÁN

¿Una querida

venís a buscar aquí?

Chicos, vamos,

esto es ya cosa perdida.

El rostro en ponche por mí

le bañamos.

ALBERTO

¡Famosa idea, por Dios!

Le sacamos entre dos

muy formalmente,

y le curamos su mal

llevándole al hospital

por demente.

ROMÁN

¡Ea, fuera!

JULIÁN

¡Majadero!

¿Venís de cobrar baratos

a hacer papel?

ROMÁN

Idos de aquí, caballero.

JULIÁN

¡Á la cabeza los platos!

¡Fuera con él!

(Julián hace ademán de tirar los platos; Pereira coge la mano de Román y le aparta de los demás, diciéndole con rabia:)

¿Conócesme?

ROMÁN

No, por cierto.

PEREIRA.

Pues oye: si esa mujer  
está aquí, y llego a saber la verdad,  
date por muerto.

ROMÁN

(Levantándose.)

Ya nos podemos batir,  
que aunque oculta la tuviera,  
sólo cadáver saliera;  
sin ella, a fe, te has de ir.

PEREIRA

¿Eres valiente?

ROMÁN

No sé.

PEREIRA

¿Y te batieras conmigo?

ROMÁN

Nunca evito un enemigo.

PEREIRA

¿Hubieras temor?

ROMÁN

¿De qué?

PEREIRA  
Eres niño.

ROMÁN  
¡Vive Dios,  
que aquí mismo lo veamos!  
¡Atrás!

(Tomando los floretes.)

PEREIRA.  
Piénsalo.

ROMÁN  
Riñamos;  
que muera uno de los dos.

(Se ponen en guardia. Alberto se pone entre los dos. Ana quiera salir del escondite, y Julián la detiene, apoyándose de espaldas contra la alacena)

JULIÁN  
Prudencia, señora.

ANA  
¡Cielo!

JULIÁN  
Mirad que es vuestro marido.

ALBERTO  
Caballeros, prohibido  
por las leyes está el duelo.  
Batíos en campo raso.

ROMÁN  
Aparta, ó de una estocada...

ALBERTO  
¡Silencio!

PEREIRA  
(Tirando el florete.)  
No tiras nada.

ROMÁN

De aquí no has de dar un paso  
sin que me mates ó mueras.

PEREIRA

Tienes la sangre caliente,  
eres joven y valiente  
como sois los calaveras.  
Me marchó, y vuelvo a decir  
que si está aquí mi mujer,  
Dios mismo no ha de valer  
para dejarte vivir.

JULIÁN

(Al tiempo de marcharse Pereira.)

Y si él solo harto no es  
para tan bravo enemigo,  
nos batiremos contigo,  
uno tras otro, los tres.

*ESCENA VII*

ROMÁN, JULIÁN, ALBERTO y ANA, escondida.

JULIÁN

Humos traía.

ALBERTO

Y los lleva.

JULIÁN

Con ese aire de matón,  
tiene, apuesto, un corazón  
tan blando como una breva.

ROMÁN

¡Famosa es mi despedida  
de este mundo fatigoso;  
nunca me pareció hermoso  
sino al exponer la vida!  
Bien: volveremos a ver  
ciertamente a ese matón;  
¿qué arriesgo yo en la función?  
Nada tengo que perder.

JULIÁN

¿Otra vez te has de batir?

ROMÁN

Doquier que nos encontremos.

JULIÁN

Ambos por ti lidiaremos.

ALBERTO

Y acabamos de sufrir.

ROMÁN

¡Silencio!

(Abriendo la alacena donde está Ana.)

Salid, señora:

vida y honra os defendí,  
y, a lo más, dentro de un hora  
parto muy lejos de aquí.  
A veros no volveré;  
suplícoos, pues, que digáis  
dónde ocultaros queráis,  
que yo os acompañaré.

ANA

(Llorando.)

¡Ay de mí, Román!

ROMÁN

Dejemos

suspiros y llantos, Ana;  
el sol que saldrá mañana,  
juntos los dos no veremos.  
Esta casa abandono hoy,  
y el mundo dejo con ella;  
mi dichosa ó mala estrella,  
indolente a esperar voy.  
Sin amigos, sin amores,  
sin ningún vínculo aquí,  
habrán de pasar por mí  
horas acaso mejores.

(Pausa de un momento.)

¿Qué decís? ¿Puedo hacer más  
El camino equivoqué.  
Inútil me confesé,  
y humillado vuelvo atrás.



ALBERTO

Román, ¿no hay remedio alguno?

ROMÁN

Ninguno encuentro.

ANA

(De rodillas)

¡Ah! ¡Por Dios!

ROMÁN

Alzad, que me es importuno.

JULIÁN

Si ello, Román, ha de ser,  
y tan a pechos lo quieres,  
tú te sabrás lo que eres  
y lo que puedes poder.

ROMÁN

Salgamos.

ANA

¿Y mi marido?

ROMÁN

No temáis entre los tres.

JULIÁN

Obscura la noche es  
y lluviosa.....

ROMÁN

Se habrá ido.

ANA

De aquí no salimos, no.....

ROMÁN

Pues ved lo que habéis de hacer....

ANA

Que no tengo aquí de ser  
la que pierda sola yo.

ROMÁN

Ana, si erré mi camino,  
¿no es el dolor para mí,  
que mi corazón creí  
lleno de un fuego divino?  
Ni esperanza, ni fortuna,  
quedó ya en el pensamiento.

ANA

¡Ni el alma en el pecho siento!

ROMÁN

Vamos; ha dado la una.  
(Apaga las luces, y vanse todos, cerrando la puerta por fuera.)

## ACTO SEGUNDO

UNA MUERTE POR HONOR

Un jardín de una posesión de Alberto en Valencia; en el fondo un cenador; a la derecha una pequeña puerta casi obstruida con brezos y maleza. Una hora antes de anochecer.

*ESCENA I*

ROMÁN

Tremenda cosa es nacer  
sin poder adivinar  
en este revuelto mar  
qué playas hemos de ver;  
tremenda cosa es querer  
lo que en el alma bullir  
sentimos, al percibir  
que es nuestra ánima inmortal,  
puestos en un arenal,  
sin saber dónde acudir.  
Apenas a luz salimos,  
engaños y error probamos;  
dondequiera que miramos,  
notamos que nos perdimos.  
Una fantasma seguimos,  
que sólo soñando vemos:  
vacío si la tenemos,

si la perdemos fortuna.  
¡No acertamos cosa alguna  
¡por Dios! desde que nacemos!  
Fama y gloria codicié  
porque inmortal me sentí;  
y cuando cerca la vi  
que era polvo imaginé.  
Del mismo amor blasfemé;  
juzguéle sueño distante,  
niño, pobre y vergonzante;  
y hoy, que en el alma lo siento,  
conozco, por mi tormento,  
que es rey, tirano y gigante.  
¡Ay! Y ¿soy el mismo yo  
que de esa pasión de ayer  
blasfemé, sin conocer  
que hoy la sentiría? No;  
ya mi alma se abrasó;  
castigo del cielo fue,  
que cuando el alma salvé  
de mi ambiciosa inquietud,  
una vida sin virtud  
alucinado abracé.  
¡Ay! ¿Porqué nacen tan bellas,  
bajo formas de mujer,  
estrellas que han de hacer ver  
el rigor de las estrellas?  
Si nuestra vida está en ellas  
y allí nuestra eternidad,  
injusticia es, en verdad,  
que viéndolas ¡ay! nosotros,  
nos dejen para ser de otros  
miseria y obscuridad.  
Alberto amigo, perdón,  
que cuando tu honor ofendo,  
que es, en mi delirio entiendo,  
mi amor una maldición.  
Errado habrá el corazón,  
pero estaba escrito aquí;  
y hoy, ¡perdón! la adoro, sí;  
que en mi loco desvarío  
eres tú sola, amor mío,  
gloria y cielo para mí.  
¡Ángel de paz y armonía!  
Cuando vinistes al suelo  
¿por qué no dejaste al cielo

el cielo que en ti vivía?  
Pero, ya en la tierra impía,  
tus ojos después de ver,  
¿cómo amar a otra mujer?  
Que si hay ángeles de amor  
junto al trono del Señor,  
ángel, Luisa, debes ser.

*ESCENA II*

ROMÁN, ALBERTO, saliendo del cenador.

ROMÁN  
¿Me oíste Alberto?

ALBERTO  
A fe mía,  
que amabas te comprendí.

ROMÁN  
Así dije: no creí  
que nadie me escucharía.

ALBERTO  
¿Conque amas?

ROMÁN  
Sí, por cierto

ALBERTO  
¿Sin esperanza, parece?

ROMÁN  
Sí, que mi amor no merece  
amor como el suyo, Alberto.

ALBERTO  
¿No merece? ¿Por qué así?

ROMÁN  
Porque un amor como el mío.....

ALBERTO  
Sigue.

ROMÁN

Es un amor impío  
hecho sólo para mí.

ALBERTO

Menos te comprendo ahora.  
¿No es acaso una mujer?

ROMÁN

Que no se puede querer  
y que el corazón adora.

ALBERTO

Pues con ser mujer, yo creo  
que hay poder, si ella lo quiere:  
pues que fuere como fuere,  
nunca la mancha el deseo.

ROMÁN

Sí la mancilla, es casada

ALBERTO

Pues entonces tu razón.....

ROMÁN

¡Vive Dios! El corazón,  
a la razón tiene atada.  
Cuando se ama, ¿cómo ver  
como ello es lo que se adora?  
Cuando un hombre se enamora,  
no sabe de qué mujer;  
Porque acaso destinado  
un ser para otro ser nace,  
y su mala estrella hace  
que tarde se hayan hallado.  
Yo la amo con frenesí  
porque nací para ella;  
pero no quiso mi estrella  
que naciera para mí.

ALBERTO

Luego ¿es de otro?

ROMÁN

Claro está.

Mas quiso la suerte impía,  
que el amor la hiciera mía.

ALBERTO  
Y ¿te ama?

ROMÁN  
Lo dije ya.

ALBERTO  
Y ¿eso lloras?

ROMÁN  
Eso lloro;  
porque el amar y el morir  
no se puede en dos partir,  
y yo parto lo que adoro.

ALBERTO  
Y ¿habré de saber si es  
mujer de tal condición.....

ROMÁN  
Que se arrastra el corazón  
desesperado a sus pies;  
que es noble, rica y ajena.  
Anciano en mi juventud,,  
nací pobre, y sin virtud  
que oponer, a tanta pena.  
Sufrí borrasca espantosa  
de pasiones encontradas,  
que estuvieron encerradas  
en un alma irreligiosa;  
porque mi existencia inquieta  
con impaciencia sufrí,  
y hoy heme gusano aquí,  
con corazón de poeta;  
que el mundo surcando voy  
en pos de un ángel mujer  
que es mía, y no la he de ver  
por no ser yo lo que soy.

ALBERTO  
¡Desgraciado! Al fin comprendes  
el rigor de tu fortuna,  
y a esa fantasma importuna

tu misma mano le tiendes.  
Mucho, sí, quisiste ser,  
mucho hubiste de dejar,  
que para a mucho llegar,  
mucho es preciso querer.  
Y hoy te ves triste, indeciso  
en un vacilar eterno,  
con el alma en un infierno,  
la vista en un paraíso.

ROMÁN

¡Un paraíso! Y jamás  
habré yo de entrar en él.  
¡Un paraíso de hiel!

ALBERTO

Que al fin de apurar habrás.

ROMÁN

¡Apurarlo! Ya lo sé.  
Tal tormento se me alcanza  
sin gloria, sin esperanza.....

ALBERTO

Sin esperanza, ¿por qué?

ROMÁN

Porque vinimos al suelo  
con un corazón que encierra  
la miseria de la tierra,  
la ambición de todo un cielo.  
¿Por qué no nos dio una estrella  
Dios, que en esta obscuridad  
mirando su claridad,  
nos guiáramos por ella?  
Pero nacer a sufrir,  
sufrir y el término errar,  
llegar el día de amar,  
y al tiempo de amar, morir.....  
injusto es, Alberto, a fe.

ALBERTO

(¡Desgraciado! Loco está;  
no piensa en lo que será,  
y, ha olvidado lo que fue.)  
¿Y hoy el mismo Román eres

que no creías ayer  
que el amor a una mujer  
más es pasión que placeres?  
Tarde al fin has conocido  
que amor nuestro pecho encierra.

ROMÁN

Tanto esa idea me aterra,  
que quiero no haber nacido.

ALBERTO

Tal vez es tarde, Román;  
mas a curar ese amor,  
tiempo y lágrimas serán  
la medicina mejor.

ROMÁN

Lágrimas, Alberto, no;  
las derramé en la niñez:  
vertílas ¡ay! de una vez,  
y ya no las tengo yo.  
Cuando el corazón espera,  
lágrimas tal vez derrama;  
cuando ajeno es lo que ama,  
no llora, que desespera.

ALBERTO

¿Tal es en tu corazón  
esa hoguera en que se abrasa?

ROMÁN

De lo imaginable pasa el  
fuego de mi pasión.

ALBERTO

¿Tan violenta?

ROMÁN

Es un volcán.

ALBERTO

¿Ninguna razón la aquieta?

ROMÁN

Y ¿quién a la mar sujeta?



ALBERTO

¡Ah! Tú eres grande, Román:  
más que el amor es la gloria;  
busca gloria y no el amor;  
esa página de error  
bórrala, de la memoria.

ROMÁN

¡La gloria! Efímero nombre,  
cuyo seductor aliño  
deslumbra el alma del niño,  
pero no el alma del hombre.  
¿Qué me importa ese laurel,  
si en llegándole a alcanzar,  
tampoco tengo de hallar  
sino amarguras en él?  
El nombre: cualquiera es bueno  
si todos de muerte igual  
son la sentencia fatal,  
y abrigan dentro veneno.

ALBERTO

Román, es fuerza vivir,  
y vivir sin esperar,  
que no podemos amar  
lo que es de otro.

ROMÁN

Pues morir.

ALBERTO

Morir, Román, es no ser,  
y en el no ser no hay amor;  
otro remedio mejor  
a la mano hay que tener.

ROMÁN

¡Vivir sin amar! Mentira.  
Dile al ave que no cante,  
dila que el vuelo levante  
sin el aire que respira.  
Dile que paro al torrente  
al borde de la cascada;  
dila que quede estancada  
sobre la peña la fuente.

ALBERTO

(Con decisión.)

Román, no amar es preciso.

ROMÁN

Sin amar, ¿como vivir?

Es un infierno sufrir,  
con aura de paraíso.

ALBERTO

¿De vivir no hay más camino?

ROMÁN

No hay otro.

ALBERTO

Piénsalo bien.

ROMÁN

Ley tan tiránica, ¿quién  
dar puede?

ALBERTO

Yo y tu destino.

ROMÁN

¿Quién eres tú? ¡Vive Dios!

ALBERTO

Imbécil, Alberto soy,  
que entre ti y tu amor estoy,  
y el destino entre los dos.

ROMÁN

¡Cielos! ¿Y Yo mismo fuí  
quien se lo dije? Estoy loco;  
toda mi existencia es poco  
para pagarle, ¡ay de mí!

(Román desde este momento parece perder el juicio. Al Penúltimo verso de esta escena cree ver un fantasma, y fijando los ojos en Alberto, dice aterrado:)

La Muerte avara y cruel  
me hubiera al fin consumido,  
si los días que he vivido  
no se los debiera a él;

a él, fantasma furioso  
que entro los dos te levantas  
para abrírnos a tus plantas  
un precipicio espantoso.  
Sombra airada que tu huesa  
dejaste por mi tormento,  
si ves en mi pensamiento  
el pensamiento que pesa,  
y tu perdón no merezco,  
amigo a quien yo vendí.....  
¡Alberto, huyamos de aquí!.....

ALBERTO

¡Infeliz! Te compadezco.

### *ESCENA III*

ALBERTO

¡Maldita ambición de ser  
más de lo que puede un hombre!  
¡Maldita ambición de un nombre  
con que no hemos de poder!  
Contento, ignorado ayer,  
esperabas otro día,  
Y hoy en tu frente sombría  
sentado el abatimiento,  
te saca tu pensamiento  
a la odiosa luz del día.  
¡Es tarde, esperanza vana!  
Tu quimérica pasión  
se apagó en el corazón  
en hora ¡por Dios! temprana.  
Vino el estéril mañana,  
ya de ilusiones vacío,  
dudó el corazón impío,  
y la esperanza se hundió:  
arroyo que se perdió  
entre las ondas de un río.  
(Abre el cenador y sale Luisa.)

### *ESCENA IV*

LUISA y ALBERTO

ALBERTO

¿Le oíste? En su amargura,  
él a confesarlo vino:  
amarte fue su destino,  
amarle tú fue locura.

LUISA

Alberto, saben los cielos.....

ALBERTO

Mucho los cielos sabrán,  
cuando a los que aman dan  
el tormento de los celos.

LUISA

¡Perdón, Alberto! Está loco,  
al borde del precipicio.

ALBERTO

Un pequeño sacrificio  
que los costaba tan poco.

LUISA

Por Dios, tranquilo repara.....

ALBERTO

¡Silencio digo, perjura!  
Tú el amor y él la locura,  
me habéis de pagar bien cara.

LUISA

¡Perjura! Mi corazón,  
¿a quién diera sino a ti?  
¿Tanto en llorar te ofendí  
su terrible situación?  
¿No era tu amigo mejor?  
¿No te debe su existencia?  
Y tenerle en tu presencia,  
¿no era tu gozo mayor?  
Si en compadecerle erré,  
y él puso su amor en mí,  
él que amaba pecó, sí,  
mas yo que escuchaba, ¿en qué?

ALBERTO

Si le oíste, ¿por qué luego  
de ti no le rechazaste?

¿En sus ojos no miraste  
de amor el osado fuego?

LUISA

Le vi, pero contemplé  
un hondo abismo detrás,  
y un poco que huyera más,  
faltara a la tierra el pie.

Oí su amoroso ruego,  
mucho de él compadecida,  
que en ello le iba la vida  
y se la arrancara luego.

¿Tengo yo culpa, por Dios,  
de que su alma violenta  
no pueda vivir contenta  
sino dividida en dos?

Recatada habré de ser  
con él, pero ingrata no;  
que si casada soy yo,  
nacé primero mujer;  
y nunca he de rechazar  
un corazón desdichado,  
que a buscar viene a mi lado  
un sitio donde llorar.

Mucho ofendiste mi honor  
cuando imaginar pudiste  
que el amor que tú me diste  
vendiera por otro amor.

Que si por cariño no,  
ni por otro miramiento,  
por cumplir mi juramento,  
tu honor te guardara yo.

ALBERTO

¡Y él frenético te ama!

LUISA

¿Qué daño me hará una hoguera  
de que no siento siquiera  
el resplandor de la llama?

ALBERTO

¿Conque no le amas?

LUISA

Por cierto.

¿Tú lo pudiste pensar?

¿A quién Luisa habrá de amar  
después de amar a su Alberto?

(Llora.)

ALBERTO

Mi vida, perdóname,  
que en pensarlo te ofendí;

los celos dentro de mí  
a sofocar no alcancé.

Tú no sabes, vida mía,

lo que es amar, para ver

el amor de una mujer

pasar como el sol de un día;

imaginar que, tranquila,

escucha otro nuevo amor,

y en el nuevo adorador

vierte luz de su pupila.

Porque tus ojos ¡oh Luisa!

la luz del sol arrancaron,

dióte el alba su sonrisa

y tus ojos alumbraron.

Tus ojos ¡ay! me hechizaron,

¡hija del cielo español!

Si así alumbró tu arrebol,

¿cómo sufrir que, importuno,

gozar pudiera hombre alguno

toda la luz de tu sol?

LUISA

¡Mi esposo!

ALBERTO

¿Tuyo me llamas?

¡Oh! Tuyo, alma mía, sí,

que vida no siento en mí

Sino porque tú me amas.

LUISA

Dulce bálsamo derramas

en mi corazón, Alberto,

con tus palabras, que cierto

tú me llamaste perjura,

y de esa voz la amargura,  
acaso me hubiera muerto.

ALBERTO

¡Hermosa! Porque te adoro,  
porque no vivo sin ti,  
todo el veneno sentí  
De los celos.

LUISA

Y ese lloro,  
amor destilado en oro  
que en tus párpados se mece,  
¿todo mi amor no merece?  
¡Oh! Tu labio me lo dice.....

ALBERTO

Y el corazón te bendice  
cuando mi labio enmudece.  
Cuando lloro es porque callo,  
que callo y lágrimas vierto;  
porque a hablarte con acierto,  
hartas palabras no hallo.  
Inútil es intentallo,  
que si inconstante te miro,  
apenas hablas, te admiro;  
y pueden tal tus razones,  
que no hallo reconvenciones;  
te admiro, callo y suspiro.

(Durante la décima anterior, Román ha cruzado el fondo del teatro, y dice al tiempo de desaparecer:)

¡Gózala en paz! Tuya es.  
Para ti tiene ella amor,  
que para mí, aterrador,  
abre un abismo a sus pies.  
Si hay otro mundo después,  
allí he de seguirla en pos,  
que acaso disponga Dios  
que cuando un ser ama aquí,  
después de la muerte, allí  
hayan de amarse los dos.

(Al alejarse Román, vuelve Luisa la cabeza y queda con los ojos fijos en él)

LUISA

Hele allí, sobre su frente  
lleva su destino impío,  
su pensamiento sombrío  
bullendo eterno en la mente.  
Loco está, pero inocente.

ALBERTO

Y ¿qué más pude yo hacer?  
Le di mi casa, mi haber;  
le di oro, independencia;  
y él, en su ciega demencia,  
codicia hasta mi mujer.

LUISA

De nobles es perdonar;  
pues que todo lo perdió,  
Alberto, si te ofendió,  
enséñale tú a olvidar.

ALBERTO

¿Y lo que él ha de penar?

LUISA

Ese será su castigo.

ALBERTO

Aunque ingrato fue conmigo,  
respetaré su dolor,  
que vale tanto el honor  
como la paz de un amigo.  
Ya está, Luisa, perdonado;  
tú, amor mío, abrázame  
y perdona.

LUISA

¿A ti? ¿De qué?  
¿Es delito haberme amado?

*ESCENA V*

LUISA

Ya era tiempo, desdichado,  
de conocerte a ti mismo,



de tu indolente egoísmo,  
de tu avara ceguera,  
no es madre la sociedad,  
es la puerta de un abismo.

*ESCENA VI*

LUISA y ROMÁN

Román vuelve a cruzar la escena y se queda inmóvil, los brazos cruzados, mirando a Luisa.

LUISA  
¿Qué hacéis?

ROMÁN  
¡Qué he de hacer! Llorar.

LUISA  
¿Llorar? No alcanzo razón.

ROMÁN  
¡Ah! Vuestra conversación  
os acabo de escuchar,  
y me partió el corazón.

LUISA  
Puesto que la habéis oído,  
nada os tengo que decir;  
veis que amiga vuestra he sido.

ROMÁN  
Los que en tal signo han nacido,  
más les valiera morir.  
Amistad le dais ahora  
a un alma que tanto os ama;  
mal con un vaso, señora,  
se apaga devoradora  
del vasto incendio la llama.  
Nunca los que amor sintieron  
en amistad le cambiaron.

LUISA  
Pero olvidarle supieron

cuando inútil le juzgaron.

ROMÁN

Si eso os han dicho, mintieron.

No sabe lo que es amar  
quien reconoce el olvido,  
que amor se puede ocultar,  
mas no se puede olvidar  
cual si nunca hubiera sido.

LUISA

Pues ocultadle en el pecho,  
y nunca más lo digáis.

ROMÁN

Si a amor no tengo derecho,  
mal, señora, me pagáis  
el daño que me habéis hecho.  
Por última vez lo digo:  
te amo; el infierno me fuera  
un paraíso contigo,  
y el infierno más quisiera  
que el epíteto de amigo.

LUISA

Y ¿qué más podéis pedir,  
ni qué daros puedo yo,  
si casada he de vivir?

ROMÁN

A quien todo se negó,  
¿qué ha de poder exigir?  
Mi tormentosa fortuna  
nada me dejó querer;  
soñé una gloria importuna,  
quimeras alcancé a ver,  
pero realidad, ninguna.  
Para esto en mi edad temprana  
sueños de flores soñé,  
por ver que esa imagen vana  
un sueño, por cierto fue,  
al despertarme mañana.

LUISA

¡Ciego! Y ese loco amor,  
¿no es más sueño que otro alguno?  
Buscad camino mejor.

ROMÁN

A otro cariño mayor  
ya, señora, no hay ninguno.

LUISA

Amad la fama, la gloria.

ROMÁN

¿Qué le importa a un corazón  
desesperado, en la historia  
dejar por nombre un borrón  
en vez de fama y memoria?  
Ya sé que el camino erré,  
y que el tiempo que pasó  
no ha de volver ya lo sé;  
pero ya es tarde, y a fe  
que atrás no me vuelva yo.

LUISA

Luego ¿qué pensáis?

ROMÁN

Amaros.

LUISA

Y ¿qué habéis de conseguir?

ROMÁN

El placer de idolatraros.

LUISA

Y de eso, ¿qué ha de quedaros?

ROMÁN

La esperanza de morir.  
Si en el amor no creí  
por necedad ó altivez,  
ya que una vez lo sentí,  
la vez primera ¡ay de mí!  
será la postrera vez.

LUISA

(¡Compasión siento por él!  
¡No me resuelvo, por Dios!)  
Hay un medio.

ROMÁN  
¡Suerte cruel!

LUISA  
El espacio entre los dos.

ROMÁN  
(Con desesperación)  
¡Para el sediento es la hiel!

LUISA  
Inútil es vuestro amor  
cuando estoy, Román, casada.

ROMÁN  
¿Y ese es el medio mejor?

LUISA  
Yo no encuentro medio a nada  
cuando en ello va el honor.  
Pensad desde este momento  
esa quimera borrar  
del alma y el pensamiento,  
que yo di mi juramento  
a mi esposo en el altar.

ROMÁN  
(Cerróme toda esperanza  
de vivir la avara suerte.)

LUISA  
Todo del tiempo se alcanza.

ROMÁN  
Si no cede la balanza  
por el lado de la muerte.

LUISA  
¡La muerte!

ROMÁN  
Y ¿qué resta ya  
a quien todo lo perdió?

LUISA

No, nunca desesperó  
el justo.

ROMÁN

Y ¿quién os dirá  
que de esos justos soy yo?

LUISA

(¿Tengo yo, cielos, de ser  
quien de su felicidad  
la esperanza he de romper?  
¡Maldita la sociedad  
en donde nació mujer!)

ROMÁN

(Echándose a sus pies.)  
¿Lloras, hermosa?

LUISA

(Con energía.)  
¡Insensato!  
No lloro, que considero  
de un marido caballero  
y un galán con él ingrato,  
que el marido es lo primero.

### *ESCENA VII*

ROMÁN

¡Ya mis sueños se apagaron!  
Los fantasmas de la vida  
uno a uno se borraron  
y ya nunca volverán.  
¡Seis meses! Madrid, Valencia,  
en sueños ó realidades,  
como tremenda sentencia  
el alma royendo están.  
¡Seis meses! En mi memoria  
han encendido una hoguera;  
todo un porvenir de gloria  
está quemándose allí:  
es muy tarde; sin amores,  
sin porvenir ni esperanza,  
esa corona de flores

es de espinas para mí.  
Perdí la luz de mis días  
en ilusiones pueriles,  
de mis horas juveniles  
tengo sólo...una pasión;  
y esa pasión imposible,  
ese pensamiento eterno,  
me pesa como un infierno  
a plomo en el corazón.  
Partiré lejos, muy lejos,  
que el sol de mi amarga vida  
con los últimos reflejos  
alumbra el cuerpo mortal.  
¡Adiós, Luisa encantadora!  
¡Adiós, ofendido amigo!  
Oí la tremenda hora....  
tocaban a un funeral.

### *ESCENA VIII*

ROMÁN sentado en actitud de la más profunda meditación. PEREIRA entrando por la puerta falsa en traje de camino.-Es completamente de noche.

PEREIRA  
Salud, amigo.

ROMÁN  
¿Quién va?

PEREIRA  
Una antigua relación  
que ya desde otra ocasión  
reconocida os está.

ROMÁN  
¿Qué queréis?

PEREIRA  
Pensadlo vos.

ROMÁN  
¿Yo? Por todo un firmamento  
no cambio de pensamiento  
ni para pensar en Dios.

PEREIRA

En mal hora creo, a fe,  
que he llegado.

ROMÁN

Sí, por cierto.

PEREIRA

Ese postigo hallé abierto,  
oí vuestra voz y entré.

ROMÁN

Pues bien os podéis marchar,  
porque yo no os quiero oír.

PEREIRA

Pues yo os lo quiero decir,  
y me lo habréis de escuchar.

ROMÁN

Marchaos digo.

PEREIRA

A eso vengo;  
y en cumpliendo mi mensaje,  
otra vez el mismo viaje,  
aunque largo, emprender tengo.

ROMÁN

Pues bien: decid, ¿qué queréis?

PEREIRA

Vengarme.

ROMÁN

(Marchándose bruscamente.)

¿Qué tengo yo  
con tu venganza?

PEREIRA

(Deteniéndole.)

¡Eso no!  
Quedaos, me ayudaréis.

ROMÁN

(Amenazándole.)  
Ved que no tengo en la vida  
vínculo que baste alguno.....

PEREIRA  
Pronto no tendrás ninguno  
que malgastarla te impida.  
Mira, ¡traidor!  
(Descubriéndose.)

ROMÁN  
¡Vive Dios!  
¡Pereira!

PEREIRA  
Tú mi honor tienes,  
yo quiero tu alma en rehenes  
por fianza de los dos.  
Por eso a buscarte vine  
desde Madrid a Valencia,  
por él grita mi conciencia  
que te mate ó te asesine.

ROMÁN  
¡Bueno! En mejor ocasión  
venir por él no has podido;  
en las manos me has caído,  
y sed tiene el corazón.  
Vamos.

PEREIRA  
Espera, porque antes  
una nueva te he de dar,  
que siempre han de interesar  
las nuevas a los amantes.  
Era, seis meses hará,  
una noche obscura, fría,  
la lluvia a mares caía.....

ROMÁN  
Importuno el hombre está.

PEREIRA  
Tres hombres, ebrios los tres,  
que una dama acompañaban,  
las calles atravesaban.....



Otro venía después.  
A la incierta luz escasa  
de un farol agonizante  
se detuvieron delante  
de una miserable casa.  
Salió una vieja al encuentro,  
y a la falsa voz de «amigo»  
abrió un estrecho postigo  
y se cerraron por dentro.  
Entonces el embozado,  
apoyado en el portón,  
de los que habían entrado  
oyó la conversación.  
¿Sabes lo que se trató?  
De engañar una mujer;  
yo la acertó a socorrer,  
y a vengarla vengo yo.  
Ella te adoraba, sí;  
y pues su honor era mío,  
a acabar el desafío  
he venido sólo aquí.

ROMÁN  
¿Me hablas a mí?

PEREIRA  
La maté.

ROMÁN  
¿Qué me importa?

PEREIRA  
¿Por ventura  
No la amabas?

ROMÁN  
¿Qué locura!  
Nunca tal imaginé.

PEREIRA  
Luego ¿tú la sedujiste  
tan sólo por liviandad?  
Y ella, ¿te amaba?

ROMÁN  
Verdad.

PEREIRA  
¿Es verdad?

ROMÁN  
Ya lo dijiste.

PEREIRA  
No en balde para encontrarte  
tanto tiempo me afané;  
que me faltara pensé  
el tiempo para matarte.

ROMÁN  
Si me matas, y ha de ser  
por mano de caballero,  
que lleves después espero  
un adiós a una mujer.

PEREIRA  
Sí, por cierto.

ROMÁN  
Júralo.

PEREIRA  
Sobre aquesta cruz de oro.  
¿La amas?

ROMÁN  
No, que la adoro.

PEREIRA  
Y ¿te corresponde?

ROMÁN  
No.

PEREIRA  
¡Estúpido! Loco estás.  
¿Cuando vengo por tu vida,  
de tu amante despedida  
a hacerme correo vas?  
¡Imbécil! La he de decir  
que vives libre, contento,  
y que en veinte años, en ciento,

no habrás de poder morir.

ROMÁN

¿Por qué, traidor?

PEREIRA

Porque así  
hago más fatal tu estrella:  
tu vida la enfada a ella,  
y yo me vengo de ti.

(Pereira alarga dos espadas a Román, que toma una. Se baten: Pereira, con serenidad;  
Román, con impetuosa cólera.)

¡Seis meses pienso que hará  
que nos quisimos batir!  
(Viendo que la rabia de Román crece.)  
¿Quieres matarme?

ROMÁN

Ó morir.

PEREIRA

¿Ó morir?

ROMÁN

Tanto me da.

PEREIRA

¿Te herí?

ROMÁN

No sé.

PEREIRA

Pues seguir.....

ROMÁN

Combate a muerte.

PEREIRA

(Dándole una estocada)

Ahí está!

*ESCENA IX*

ROMÁN, en tierra; LUISA, ALBERTO y PEREIRA

LUISA  
¡Dios mío!

ALBERTO  
¡Un combate aquí!

PEREIRA  
Señores, un desafío;  
esto era negocio mío,  
pero ya le concluí.

ALBERTO  
(Mirando el cadáver de Román con rabia.)  
¡Oh! ¡Le habéis muerto! Y ¿por qué?

PEREIRA  
Por una deuda anterior.

LUISA  
¿Una deuda?

ALBERTO  
¿Era de honor?

PEREIRA  
Por el honor le maté.

FIN